

## HOMILÍA EN LA S. A. I. CATEDRAL DE CÁDIZ- SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUSTISTA – DOMINGO 24 DE JUNIO DE 2018

Is 49,1-6; Sal 138,1-3.13-14.15; Hch 13,22-26; Lc 1,57-66.80

Habéis escogido un día precioso para venir de peregrinación a la Catedral. Es, sin duda, la providencia de Dios que nos cuida. Os doy la bienvenida especialmente a todos los sacerdotes y fieles del arciprestazgo de San Fernando que venís a la peregrinación Jubilar.

San Juan Bautista es un santo verdaderamente singular, cuya vida tiene tanta fuerza como su palabra: un auténtico trueno para el mundo, preparando los caminos del Señor. Normalmente, en los santos, celebramos su nacimiento a la vida eterna una vez acabada su vida mortal, cuando el Señor los llama a su gloria. Sin embargo hoy celebramos el nacimiento de San Juan el Bautista. Así lo hacemos con Jesús y la Virgen María en la liturgia de la Iglesia.

El evangelio encuadra nuestra mirada en este bello relato lleno de detalles que sintonizan con la mentalidad del Antiguo Testamento, es decir, con el judío creyente que se sabía la Biblia de memoria. Ocurre un nacimiento milagroso, por una intervención directa de Dios, que bendice a una mujer, Isabel, que por naturaleza no podía tener hijos. Es bendecida con uno, anunciado a su padre Zacarías, levita, mientras servía en el Templo. Pero de este niño se espera algo especial. Por eso se cuenta el anuncio de su nacimiento y la alegría ya de su madre al saberse embarazada. Con Juan Bautista llega la alegría inesperada. La alegría a su casa en medio de la peor desgracia, el no tener descendencia. La alegría porque se palpa la intervención milagrosa de Dios. La alegría porque ha sido anunciado de tal forma que implica que hay algo especial, algo que Dios espera de él. La alegría en su nacimiento donde escuchamos este cambio de nombre que es imprevisible, se sale de todas las cábalas y gustos familiares, inspirado por Dios. La madre dice que ha de llamarse Juan y el padre, mudo, ha de escribirlo, y entonces recupera el habla, como sanando de su incredulidad: ha de quedarse mudo para dejar a Dios hablar con los hechos, para que hablara Dios con sus manifestaciones y pudiera darse cuenta.

Juan es un nombre muy común, y el nombre no nos ha de decir mucho. Su significado sí que nos dice. Significa “el Señor se apiada”. Apela por tanto a la misericordia de Dios. Nos ha concedido la gracia de este hijo, y su propio nombre es ya una profecía. El va a ser un profeta de la venida del Señor. Con su persona y su predicación va a abrir un camino nuevo de encuentro con Dios, el camino de la misericordia de Dios con nosotros: el de darnos a su Hijo para regalarnos la alegría de la vida nueva, del perdón, de la conversión. Y con ello, el criterio de Dios que encontramos en el Evangelio, los principios, la moral consecuente que va a tener de base, no ya un moralismo asfixiante, sino el encuentro con una persona, Jesucristo, que nos introduce en una

comuni3n milagrosa e insospechada con  que nos transforma y nos convierte en hijos en el Hijo.

Es Juan el Bautista el que nos abre este camino. Nace para esta misi3n concreta: la de ser precursor, la de abrir los caminos del Señor. Cuando se hace mayor, este niño que vemos en su nacimiento con estas circunstancias prodigiosas inmediatamente se retira al desierto con una vida eremítica, austera, de oraci3n, que será después una misi3n: anunciar la venida del Mesías.

Hoy gracias a la teología moderna y diversos descubrimientos se identifica a Juan el Bautista con algunos movimientos existentes antes de venir Jesús de espera del Mesías. Se le ha relacionado con aquellos monjes Esenios que vivían cerca de Qumrn, por ejemplo. Pero el bautista marca una línea, una verdadera impronta profética. Es escuchado, y la gente va a recibir de á esta purificaci3n, el bautismo en el agua del Jordán.

Este bautismo no es como el nuestro, plenificado en Cristo y haciéndonos hijos de Dios. Es un signo externo, pero muy valioso, porque llama a la conversi3n definitiva de la vida. Esta predicaci3n de la conversi3n como conocemos va unida a una llamada a la coherencia en el seguimiento a la voluntad de Dios, en el culto y en la liturgia de Israel, en la adoraci3n del Dios verdadero y no de los dolos. Esto le hace ser un testigo inc3modo, porque es un testigo de la verdad. Este es su rasgo característico. Es testigo de la verdad que ha recibido, habla en nombre de Dios para preparar los caminos de Dios, es el último de los profetas del Antiguo Testamento, que señala a Cristo, conoce a Cristo y lo anuncia: "este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", decimos en cada misa recordando sus palabras. Es un testigo auténtico de la verdad que por la verdad pone en juego su vida y efectivamente la pierde.

Escuchbamos al principio, en la profecía de Isaías, una descripci3n del profeta llamado por Dios desde el seno de su madre. Es muy adecuado escucharlo aquí porque lo vemos relacionado directamente con el Bautista. Pero se dice del profeta que su predicaci3n va a ser como una "espada afilada", una "flecha brunida" en su "aljaba" para lanzarla al mundo y que quede tocado por la presencia de Dios. Tambn se muestra la crisis del testigo y del profeta que en un momento piensa si está sirviendo para algo lo que dice, cuando es mal recibido, atacado: "En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas" El Señor vuelve a decirle y reafirmarle: "es poco que seas mi siervo... te hago luz de las naciones, para que mi salvaci3n llegue al confín de la tierra".

Todas estas condiciones las podemos aceptar para nosotros mismos, pues Dios nos ha hecho un pueblo de reyes, sacerdotes y profetas. Nos ha dado la profecía, hoy, haciéndonos otros "cristos" por el bautismo, para anunciar la verdad de Dios a los demás, también con el testimonio de la propia vida.

Hoy, cuando damos gracias a Dios por el Bautista que abre camino a la alegría del mundo, parece como si el mismo santo nos diera un pase para vernos protagonistas de esta misión. También hemos sido elegidos, desde el seno de nuestra madre, o como sabemos, desde toda la eternidad. No somos producto del azar, sino que hemos sido amados eternamente y llamados por nuestro nombre a la existencia y a la vida cristiana. Y por tanto a una vocación y una misión que tenemos que asumir si queremos ser fieles a la gracia bautismal recibida. Y eso es lo que estáis haciendo hoy aquí, renovar la gracia del bautismo por la gracia del Jubileo para poder responder mejor a la llamada del Señor. El Santo Padre nos lo dice en la exhortación sobre la santidad. Debemos asumir nuestra vocación para ser santos preocupándonos realmente de serlo, no teniéndola como meta inalcanzable, sin hacer nada, como si no fuera para nosotros. ¡Claro que se puede ser santo en medio del mundo, en la familia, en las diversas ocupaciones, relaciones, en el trabajo! ¡Cumpliendo tu misión!: vivir la caridad, con los necesitados, con todos, mostrando la verdad de Dios, que es la verdad del hombre, la defensa de la persona y de su dignidad, por encima de las ideologías y de un mundo que quiere vivir como si Dios no existiera.

Y ese testimonio tú y yo debemos darlo hoy como el Bautista, con sobriedad, valentía y también humildad: él reconoce que no es el que ha de venir sino el precursor; no quiere gloria ni alabanzas, sino que señala a Cristo; quiere ser un portavoz, pero un vocero tan potente como Dios quiera. ¿Qué pasaría si en nuestra sociedad se oyese la voz de Dios porque cada uno de nosotros sea un verdadero altavoz por la palabra y la coherencia de los hechos? Es cierto que somos pecadores, y que tenemos que pedir perdón diariamente por muchas cosas, pero por nuestra debilidad, no porque seamos corruptos o nos abandonemos en el mal. ¡Estemos dispuestos! No tenemos que decir a nadie que nos siga a nosotros por ser buenos, sino que sigan a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida, el que trae la alegría, recompone y sana el corazón del hombre, herido y roto por tantas miserias, desafecciones. ¡Ese es el Señor! Y nosotros estamos a su servicio.

Dice el profeta Isaías: “te hago luz de las naciones”. Jesús nos dice: “vosotros sois la luz del mundo”, la “sal de la tierra”. Si la luz se esconde, quien iluminará, y si la sal se vuelve sosa, para qué servirá, será pisoteada por la gente porque ninguna falta hará. No tenemos ningún derecho a prescindir de nuestra misión, porque el mundo la necesita, porque nada más hay que mirar a nuestro alrededor para saber que el hombre necesita de Dios siempre.

Renovemos hoy nuestra fe y demos gracias a Dios por la alegría de su venida, por la fe, por el testimonio de sus santos, pidámosle que nos haga testigos valientes, profetas comprometidos de Su verdad, dispuestos a anunciarle, a vivirle y a dar la vida por Él. Amén.